

Maruja



Ustedes se acordarán de Maruja, aquella flaquita de pelo muy castaño, casi rubio, que vivía enfrente de la redacción, ¿no recuerdan? Aquella bondadosa muchachita era amiga nuestra, ¿no es verdad? Siempre benévola y complaciente para con nuestras barbullas y algazaras de todo el día y de toda la noche. Y ustedes saben bien qué tales eran nuestras barbullas y algazaras...

Yo admiraba en Maruja una rara virtud, completamente original y encantadora,—la de no mostrar jamás en su amis-

tad preferencia por ninguno de nosotros. Diríase que era nuestra hermana, ó también nuestra madre, pues que nos quería á todos por igual, la pobre Maruja de ojos azules y suaves...

No sé si ya lo dije: adivino el interés con que os preguntaría por mí, en mis días de holganza, á juzgar por la solicitud é interés con que me preguntaba por vosotros, cuando hacíais novillos al trabajo.

—¿Y esos perezosos? ¿Y esos picarones? ¿Está alguno enfermo?

—De calaveradas, Maruja. Todos andan en eso...

—¡Vaya, hombre!—decía ella casi escandalizada.

¡Ah, y cómo me acuerdo ahora de la franca vivacidad de las sonrisas que nos enviaba, cuando todos en grupo, asomando unos la cabeza por encima de los hombros de los otros, conversábamos locuazmente con ella, de ventana á ventana, en un *tête-à-tête* (1) que duraba horas, con mucha familiaridad, con mucho abandono, casi tuteándonos mutuamente.

(1) En francés, en el original. (N. del T.)

¡Cómo lo recuerdo!

Ella tenía siempre una palabra y una sonrisa para las mil preguntas que le diríamos, y por tanto, una gran paciencia, inagotable. Nosotros, los troneras, casi llegábamos á adorar en aquella ingenuidad sencilla de su corazón de veinte años. La buena de Maruja era adorable, toda bondad y paciencia para nuestras trapa-tiestas y nuestras algazaras de toda hora y de cada momento.

Pero de lo que no me acuerdo, y quizás tampoco ninguno de ustedes, es de cómo ella se familiarizó con nosotros y nosotros con ella. Lo cierto es, muchachos, que nosotros la considerábamos como una compañera de redacción, especie de directora con casa aparte y vida independiente, pues que si entrábamos en el despacho (¡parece que estoy viendo aquella baraúnda de despacho!) y, asomándonos á la ventana, no la veíamos en la suya, decíamos casi sin querer, pero invariablemente:

—¡Malo! Hoy falta Maruja. ¡Diantre! ¿Dónde estará Maruja?

Y momentos después desfilábamos todos, uno ahora, otro luego, á la desban-

dada, así que nos convencíamos de que ella pasaba la tarde fuera, en casa de la *hermana* de Quebra-Costas. — De esa, sí se acuerdan ustedes... Y también deben recordar que Maruja, al día siguiente... — ¡pobrecilla! — ...lo primero que hacía era disculpar su falta: « estuve aquí, estuve allí, fui de compras con mamá, » un poco ruborizada y confusa, como si en realidad su obligación consistiese en estar allí aguantándonos. Poco faltaba para que la excelente muchacha nos pidiese, con las manos cruzadas, que la perdonásemos.

Y entonces nosotros, juguetones, deseosos de broma:

— No diga usted más. El tribunal le perdona la falta...

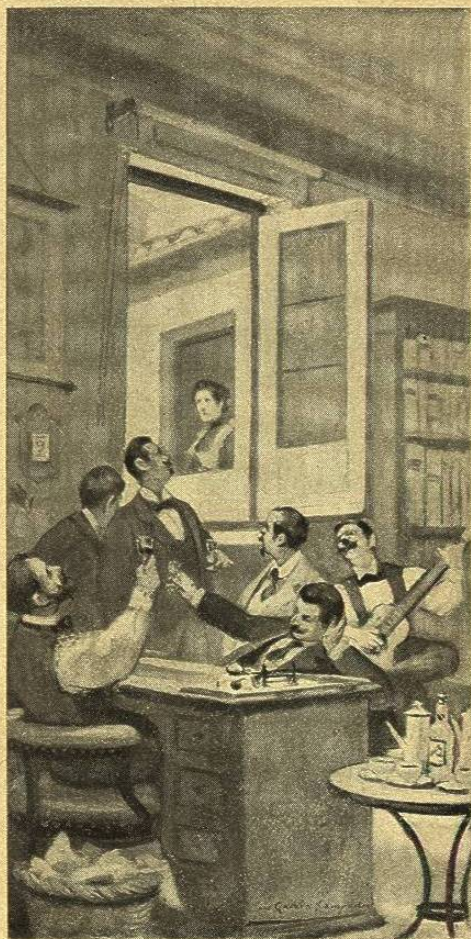
Y ella, más confusa, dándole vueltas en el dedo á su sortija de cobre:

— Pues sí, pero á veces...

— ¿A veces, qué?

« ¡No! ¡Vaya, se acabó la broma! Ninguno creía que ella estuviese enfadada con nosotros. Salió, porque tenía que salir; ¡no faltaba más!... »

— ¿Pues, no es cierto, — le preguntá-



bamos, — que ella adoraba á aquella *troupe* (1) de bohemios?

— Todos son muy buenos muchachos, — decía ya sonriente. — Todos me tratan muy bien...

Y cuando esto decía, su rostro menudito y muy pálido se iluminaba de gozo, y sonreía con íntima gratitud. Mas, ¿por qué simpatizaba con nosotros, la pobre Maruja?

Cuando nos veía en francachelas interminables, bebiendo coñac y café, oíase desde su ventanana un *¡psht!* muy silbado.

— ¿Qué manda doña Maruja? ¿Qué desea?

Y ella, levantando los ojos de la labor, con aires de formalidad:

— ¡Mando que escriban, que trabajen! ¿Hicieron ya el periódico?

¡Qué afanes pasaba por el periódico!

— ¡Háganos el favor de no hablar de cosas tristes! ¡Vaya una salida, el periódico!

Ella entonces, por única respuesta, nos citaba las veces que en la semana anterior

(1) En francés, en el original.

había venido el impresor á quejarse de que hacía falta original, y cuantas otras el muchacho de la imprenta había estado á pedir las pruebas corregidas.

Y ya que hablo de pruebas: Maruja conocía todas las señales de corrección, todas.

—Oiga usted, Maruja; aquí hay una letra de más en una palabra.

—Pues se tacha con una raya, se pone otra al margen y una especie de &: es cosa fácil.

—Una *m* patas arriba; ¿y ésta?

—Se tacha, y una línea ondulante al margen. Está usted harto de saberlo.

Cuando veía á alguno de nosotros sentado á la mesa, escribiendo, pedía siempre que le fuese mostrando las cuartillas, á medida que las escribiera, tal vez porque adivinaba que eso era un estímulo. Todos accedíamos á su petición; y apenas trazada la última letra, cogíamos la cuartilla y decíamos, mirando á la ventana y haciéndole señas con el papel:

—Maruja, ya hay una; vaya contando. Mire: escrita de arriba abajo.

A la tercera que se le mostraba, res-

pondría ella con un ¡bravo! y recomendaba, solícita, cinco minutos de distracción, mientras se fumaba un cigarrillo.

Maruja era quien nos cortaba las fajas para el periódico y quien nos confeccionaba la goma en los días de correo. ¡Qué buenas fajas y qué excelente goma! En pago de esto, cuando llegaba de la imprenta el periódico, casi siempre los sábados por la noche, el primer ejemplar era para ella. Como la calle era estrecha, se lo tirábamos de ventana á ventana.

—Maruja, ahí va, todavía húmedo.

—Muy bien, gracias. Lo voy á leer; hasta mañana.

Corríamos todos á la ventana, para dar las buenas noches á nuestra amiga.

—Que usted descanse, ¿eh?

Y al día siguiente, Maruja repetía á cada autor frases y frases del artículo publicado, y juraba que nos conocería por el estilo aunque mudásemos de pseudónimo. Por supuesto, siempre benévola: todo lo encontraba muy bueno, «escrito con mucha gracia y muy bien,» como ella decía.

En las veladas que celebrábamos, y que

por regla general no pasaban de una interminable charla, hablábase mal de las mujeres, discutíanse escándalos, descubriáanse secretos, poco más ó menos como en todas las redacciones... Pero de Maruja nadie tenía que decir sino bien; era la privilegiada de aquellas sesiones de maledicencia. Casi siempre la conversación degeneraba en algarazara—uno á quien se le ocurría cantar, otro que iba por la guitarra y gemía cantares con acompañamiento de guitarreo. Y era de ver cómo Santos Mello, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada á un lado, cantaba su cuarteta predilecta:

Son canciones misteriosas
Canciones de enloquecer
Que el lirio dice á la rosa
La rosa repíteme.

Pero en medio de esta baráúnda, siempre había uno que recomendaba silencio. ¡Con mil demonios! No consideraban que Maruja no podría pegar los ojos...

Y sin embargo...—¡suprema bondad! —nunca se quejaba cuando, á la mañana siguiente, venía á decirnos hasta qué hora

había durado el estruendo, lo que habíamos tocado, lo que se cantó, quién había reído más, y hasta las veces que las sillas rodaron por el suelo.

«¿Ven ustedes? ¡No la habíamos dejado dormir! Mil perdones, Maruja; palabra de honor, ¡de ahora en adelante!...»

Acudía ella al punto, como á remediar una gran desgracia:

—No, no, si hasta me dió gusto. Me entretiene ver á ustedes alegres; hacen bien, ¡no faltaba más!...

* * *

Pues, amigos míos, la buena de Maruja, murió, ¿no lo sabían ustedes? ¡Y murió tísica, la desgraciada Maruja! Sólo después que lo supe fué cuando comencé á pensar en aquella tosecilla muy seca que á veces le notábamos, en aquella blancura pálida de su cara, en el azul obscuro de sus ojeras, en la transparente delgadez de sus manitas de marfil...

¡Pobre Maruja!

Hará tres meses que desapareció de su

ventana, donde seguía yo viéndola después que acabó el periódico. ¿Acaso podía yo figurarme dónde había ido á parar?...

¡Mal dijera que estabas en el cementerio, tan lejano y tan solitario! ¡quizá en la fosa común, sin unos pétalos de rosa en tu sepultura humilde, sobre la cual caerá en este momento lluvia y más lluvia! ¡Si al menos todas las noches fuesen de luna!... ¡Triste amiga mía! cómo recuerdo ahora lleno de melancolía tu frase de infinita bondad y de infinita resignación:

— «...Me entretiene verlos alegres, hasta me hace bien...»

Lo comprendo ahora todo: vivías de nuestra alegría, ya que tu alma estaba triste... Mas, ¿por qué no nos dijiste, ¡pobrecilla! que en esa sencilla frase iba envuelta la revelación del presentimiento que tenías, de tu muerte prematura? ¡Triste niña, á quien ya no veremos más!

Atiende, Maruja, escribí cuatro cuartillas. Ya no me dices — ¡bravo! — ya no...



...¡Dios mío, Dios mío! Para que la tierra produzca diamantes y de ella broten flores, quizá sea preciso que estos cuerpos le vigoricen la savia....



En la escuela